

El Porvenir del Obrero

N.º 101

19 Abril 1902

Número suelto 5 cts.

Oficinas: Castillo 59. — Mahón (Baleares)

Trimestre 1 peseta

¿Somos malos?

Al ver la mezcla de terror y de odio con que ciertas gentes hablan de los socialistas, anarquistas y revolucionarios, cualquiera diría que el ideal de los así denominados es perverso y monstruoso, el exterminio de la humanidad, la destrucción del bienestar, de la virtud, del amor. No solamente hablan así los maliciosos, los que fingen hipócritamente porque creen que tal es su conveniencia; sino que éstos han logrado engañar á muchas gentes sencillas, que repiten lo que han oído y execran á los *enemigos de la sociedad* como si fuesen criminales peligrosos.

Se nos acusa de que queremos destruir la *propiedad, la autoridad, la familia, la patria, el orden social*. Y esto es cierto; pero no el mal sentido, no para producir inútiles trastornos, sino por amor al bien, por hacer posible la felicidad humana.

Queremos destruir la propiedad individual para convertirla en colectiva, á fin de que no puedan unos pocos, apoderados de los instrumentos del trabajo y del fruto de las agenas fatigas, hacer imposible la vida de los demás. Decimos que la propiedad actual es un robo porque entendemos, siguiendo á Proudhon, que el robo es la negación de la igualdad. La riqueza natural de la tierra y la elaborada por la humanidad en una larga serie de siglos pertenecen á la humanidad toda y todos por igual tienen derecho á la vida y al goce de los productos naturales y á las ventajas de la civilización. Al combatir el abuso de unos cuantos privilegiados, defendemos el verdadero derecho de propiedad que asiste á todos los hombres.

Somos también enemigos de la autoridad. Opinamos que ningún hombre tiene derechos superiores á los demás hombres; negamos el *derecho divino* en que se apoyaban los antiguos reyes y no sabemos ver que sea práctica ni justa esa *soberanía del mayor número* que sirve de fundamento á las constituciones de los modernos estados. Sería la autoridad tolerable, si estuviese siempre en manos de los hombres mejores y más inteligentes; pero, por desgracia, vemos que lo contrario es la regla general, ya que para la conquista del poder no se necesitan armas de inteligencia, sino de ruin astucia, y los escrúpulos morales serían una pesada carga que impediría el escalamiento. Si con Pi y Margall afirmamos que *todo poder es tiranía* y no queremos reconocer por justas otras leyes que las de nuestra madre Naturaleza, es también porque creemos que los hombres, libres de las malévolas sugerencias con que se les pervierte hoy desde la infancia, serán mejores en la sociedad del porvenir, educados convenientemente para la vida de la libertad. No queremos la libertad para que los hombres sean malos, sino que queremos cegar esa fuente del mal, llamada autoridad, para que el hombre sea libre para obrar el bien, al cual le inclina su propia naturaleza.

Ya hemos dicho en artículos anteriores

lo que opinamos sobre la familia. Nos repugna que la base de las uniones amorosas sea el interés y que la garantía de su duración esté en los artículos de un código. Al defender la libertad del amor no hemos querido disolver la familia, sino darle la única razón de ser posible y práctica. Gran número de familias no son en la actualidad un cielo ideal, sino un reñidero perpétuo. Eso hay que evitarlo. La felicidad de cada uno no depende tanto de las cosas públicas y exteriores, como de la paz y sosiego en el hogar propio. Hay que asegurar esa paz, hay que llevar la felicidad al interior de las familias. Y la felicidad solo puede darla el amor; y el amor no es posible sin la libertad.

También se nos acusa de antipatriotas, con notoria injusticia si hemos de entender que el patriotismo es un sentimiento humano, elevado y generoso. Pero somos, ciertamente, contrarios al patriotismo exclusivista y ruin, al que promueve divisiones entre los hombres, odios y feroces guerras. Amamos el país en que hemos nacido, el idioma que nos enseñaron nuestras madres, y los lugares que nuestros ojos vieron en la infancia y en donde conocimos á las personas cuyo recuerdo es grato á nuestro corazón. Amamos nuestro patria y queremos su prosperidad; pero no queremos odiar á los extranjeros, no queremos mirar como enemigos á los que nacieron al otro lado de la frontera. El patriotismo entendido en tal sentido egoísta y anti-humano nos repugna y abominamos de él; generador de funestas rivalidades que conducen á horribles matanzas, lo tenemos por criminal. Aspiramos á la fraternidad entre todos los hombres, cualquiera sea su patria, su raza, su color; que todos contribuyan al progreso humano, á la producción, al cambio, en una palabra, á la felicidad de la especie. Si al pensar así nos llaman antipatriotas ¿qué nos importa?

Somos perturbadores, enemigos del *orden social*. Es verdad. No creemos que deba tolerarse el orden en la injusticia. El mal reina por doquiera; mientras los privilegiados gozan de todas las ventajas, la inmensa mayoría de los hombres vive dolorosamente en la miseria; mientras los almacenes rebosan de productos y los campos están sin cultivo, miles de hombres perecen de hambre; el número de infelices prostitutas que merodean por las grandes ciudades es para causar espanto; terribles enfermedades se ceban en las criaturas mal alimentadas y la vida media en los trabajadores de ciertos oficios se ha reducido considerablemente. Por todas partes se oyen quejas, lamentos, gritos de angustia. ¿Es ese el orden social que debemos respetar? El *valle de lágrimas* que rezan los católicos no es un sueño místico, sino una realidad positiva en nuestra sociedad pésimamente organizada. El mal no está en la naturaleza que es pródiga y nos ofrece más de lo que bastaría á satisfacer todas las necesidades; el mal está en el orden reinante, que impide la realización de la justicia. Por esto queremos nosotros perturbarlo, destruirlo. Queremos hacer posible el reinado de la jus-

ticia y la felicidad de los hombres sobre la tierra. Para esto hay que perturbar, hay que rebelarse, hay que luchar virilmente. ¿Y bien? ¿Quién podrá tachar nuestras intenciones ni calificar malamente nuestros propósitos?

Solo hay dos caminos: ó resignarse á la continuación de todos los males que afligen á la especie humana, ó rebelarse contra lo actual para procurar el mejoramiento.

Si nos resignamos seguiremos sufriendo, seguirán diciendo verdad los católicos en sus rezos. Si nos rebelamos seremos perseguidos por los poderosos, que inventarán, si les conviene, nuevas leyes y procedimientos nuevos contra nosotros; nos torturarán como en Montjuich, ó nos fusilarán en la calle como á los huelguistas de Barcelona.

Y además, los ignorantes, los mismos á quienes queremos redimir, nos insultarán, seducidos por los hipócritas, y, por habernos enamorado del bien, nos calificarán de malvados.

¿Qué importa? Firmes en nuestras convicciones, ni las injustas violencias de los unos, ni las inconscientes palabras de los otros, nos harán retroceder.

Tenemos razón. Estamos seguros de tener razón. ¡Adelante!

M.



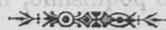
CONTRA LA GUERRA

(De Victor Hugo)

Los tiempos son llegados. El derecho ha encontrado su fórmula. Hoy la fuerza se llama la violencia, y comienza á ser juzgada. La civilización, cediendo á los clamores del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores. En muchos casos el héroe no es otra cosa que una variedad del asesino. Los pueblos han llegado á comprender que el engrandecimiento de la maldad no puede constituir su disminución. Si matar es un crimen, matar mucho no puede ser la circunstancia atenuante. Si robar es una vergüenza, invadir un pueblo no podrá ser una gloria.

Los *Te Deums* no hacen ya gran efecto y no podrán impedir en adelante que el homicidio sea homicidio, y no importa nada llamarse César ó Napoleón, porque á los ojos del Dios eterno no se cambia la figura del asesino, aunque se ponga sobre su cabeza, en lugar del gorro del presidiario, una corona de emperador.

¡Ah! Proclamemos las verdades absolutas. Deshonremos la guerra. No; la gloria sangrienta no es gloria. No; no es bueno, ni útil, ni humanitario matar los hombres. No, ¡oh madres que me rodeáis! no puede ser que la guerra continúe arrebatándoos vuestros hijos. No; no puede ser que la mujer reproduzca por el dolor, que los hombres nazcan, que trabajen los pueblos y siembren, que los aldeanos fertilicen los campos con su sudor y que el obrero fecunde las ciudades, que mediten los pensadores, que realice maravillas la industria, que haga el génio prodigios, que la vasta actividad humana multiplique, en presencia del cielo cubierto de estrellas, los esfuerzos y las creaciones, para llegar á esa horrosa exposición internacional que se llama un campo de batalla.



Resignación

Según su costumbre, el viejo Jacques se había levantado aquel día con la aurora, y con el azadón al hombro, á pesar del viento y del frío, se había marchado á trabajar en su campo. Y cuando el sol se hubo hundido detrás de los montes vecinos y la brisa sopló más fuerte y fría, entonces se sintió fatigado. Su mano no podía sostener su herramienta, y se dejó caer sobre el duro suelo. Pasado un instante, y haciendo un nuevo llamamiento á sus fuerzas, se arrastró, mejor que caminó, hácia su cabaña, y como al llegar la noche envolviólo todo con su negro manto, cayó en el dintel mientras las ráfagas sacudían con fuerza el techo podrido de su habitación.

Sumido en profundo letargo, heraldo de la muerte, Jacques tuvo un sueño, el último. Vióse transportado á un país de opulencia, en el centro de una campiña adornada con flores brillantes y olorosas, llena de abundantes mieses y árboles que se doblaban al peso de sus frutos.

Sentíase contento de vivir, contento con la felicidad de las cosas y el risueño bullicio de los seres que no veía, pero adivinaba, dispersados en aquellos campos. A pesar del presentimiento de la vida de estos seres, Jacques se encontraba solo y se puso en marcha, caminando derecho ante su vista, á fin de hallar un compañero.

Caminó mucho tiempo sin fatiga; atravesó prados y jardines en flor, bosques de sombra dulce y apacible; vadeó riachuelos murmuradores y detúvose al borde de lagos cuyas aguas reflejaban el azul de un cielo sin nubes. Parecióle como si transcurriera un día, y otro, y otro sin que la noche llegara, y creyó estar transportado en el país de la eterna luz y de la felicidad perpétua. No sentía el hambre, ni la sed, ni el cansancio; y si á veces, cogía un fruto y bebía unas gotas de agua, era por tentación de tanta belleza y limpidez, pero no para satisfacer una necesidad.

Sin embargo, al final del cuarto día de marcha, distinguió á la derecha del camino que seguía, un edificio rodeado de un vallado y adosado á un pequeño bosque de rosas, y vinole el deseo de descansar un rato. Avanzó unos pasos, empujó la puerta del edificio y encontróse ante una escalera de mármol. Subióla, y al llegar á lo alto de ella apareciósele un viejo, dándole la bienvenida é invitándole á entrar. Siguió al desconocido, atravesó un vestibulo decorado con estatuas, que reconoció por haberlas visto semejantes en el parque del castillo señorial de su país; penetró en una gran sala, y habiéndole el guía invitado con un ademán á tomar asiento, efectuólo así en un rico taburete de madera, esperando, inmóvil y silencioso, á que se le interrogara.

El anciano lo contemplaba con tristeza, paseando sus dedos por los rizados pelos de su barba, larga y blanca como la nieve. Jacques principiaba á estar inquieto ante tanto silencio y mucha contemplación, cuando el anciano

—¿Qué es, dijo, lo que vienes á buscar aquí?

—La paz—respondió Jacques;—la paz y el reposo.

—Así, pues, ¿no los has conocido nunca cuando tanto los deseas? Yo creí, sin embargo, que tu vida había transcurrido apacible y calmada, y que, atado tanto tiempo al mismo surco, desconocías la agitación y la intranquilidad.

—Es verdad, he vivido tranquilo y resignado.

—Resignado! Cuéntame, pues, tu historia.

—Mi historia es humilde, y si creéis hallar en ella choques y peripecias y aventuras, pronto os desengañaréis de ello.

—No temas, y satisface mi demanda.

—Sea. Sabed, pues que cuando yo nací mi primer vagido fué el precursor del último grito de mi madre y encontré la muerte en el dintel de mi vida. Mi padre me mimó poquísimo; no obstante, no

me trató mal y me educó en la abundancia. A su muerte—tenía yo entonces diez años—me dejó igual parte de herencia que á mis hermanos. Queríanme éstos muy poco; obligáronme á hacer los más rudos trabajos, tratándome como el último de sus numerosos criados. Y, no obstante, los amé, y aún cuando sufría al ver su despego, me resigné sin articular palabra. Eran rudos, avaros y ambiciosos; tenían sed de riquezas, y la fortuna de los demás les irritaba, porque eran envidiosos. Al llegar á la edad de ser hombre dijéronme que mi padre no me había dejado ni una pequeña parcela de sus tierras, y que tenía el deber de trabajar si no quería ser una carga para ellos. Yo sabía que mentaban, y experimenté un amargo dolor ante su conducta; pero también pensé que serían desgraciados si les obligase á devolverme mi parte de aquellos campos tan preciosos. No quise turbar su felicidad, por egoísta que ésta fuera, y les doné mi parte. Hasta encontré una satisfacción en ello; me complací en mi sacrificio y, con sumo gozo, resignéme á la mediocridad, en beneficio de ellos. Esto no les bastó. Un día se cansaron de tenerme á su lado. Mi generosidad les molestaba y mi miseria chocaba con su vanidad. Resolví, pues, hacer el sacrificio completo, y una mañana abandoné el hogar paterno, yendo á refugiarme en un pueblecito pequeño é ignorado donde nadie pudiera conocerme. Como de mi miserable salario aún pude ahorrar una pequeña suma, compré un trozo de tierra, construíme una cabaña y la habité, olvidado de mis hermanos y feliz por haberme sacrificado para devolverles la paz, é inquieto solamente por no haber podido evitarles un problema remordimiento.

El viejo Jacques calló. Se levantó el anciano, tomóle por la mano y le condujo al camino. Una vez en él, saludóle y le dijo:

—Me hubiera gustado poder proporcionarte la hospitalidad que pides, la paz y el reposo que ansias; pero siento por los de tu raza un horror tan invencible, que ni siquiera puedo soportar su vista. Son tus semejantes los que perpetúan el mal en el mundo, es por su culpa por la que reina en él la injusticia. Y es precisamente porque os resignáis á ser robados, saqueados y á la mala fe por lo que la mala fe, el saqueo y el robo subsisten en la tierra. Vosotros decís que os sacrificáis por amor, que acaso sea cobardía, y de este modo dejáis subsistente el odio. Pretendeis labrar la felicidad de uno solo y eternizáis el mal. Vete allí donde te conduzcan tus pasos en este país, demasiado bueno para tu alma irresoluta, vacía, débil y pobre. Aquí, en esta mansión, únicamente recibo y acojo á los que luchan, á los que sienten horror al sacrificio, precisamente porque aman á la justicia....

El viejo Jacques despertó. El viento frío helaba sus miembros. Sus ojos se abrieron en las tinieblas, y sólo entonces advinó porqué la miseria estaba esparcida por toda la tierra. Una voz interior le decía que había servido cobardemente á la riqueza y á la avaricia. En su corazón rebosó la pena, y el sufrimiento acarreóle la muerte.

Bernard Lazare

La grande industria nada deja que hacer á la pequeña; es la ley del capital: es Malthus. La gran propiedad invade, se aglomera las más pobres parcelas: es Malthus. El comercio al por mayor se apodera paulatinamente del comercio al por menor: es Malthus. Muy en breve, la mitad del pueblo dirá á la otra mitad: la tierra y los productos son propiedad mía; la industria y sus productos son propiedad mía; el comercio y los transportes son propiedad mía; el Estado es propiedad mía. Vosotros, que no poseéis reserva, ni propiedad, que no sois funcionarios públicos y cuyo trabajo no es inútil: ¡Idos! Realmente estáis de más en la tierra: bajo el sol de la República no hay lugar para todo el mundo. ¿Quién vendrá á decirme que el derecho de trabajar y vivir no es la revolución? ¿Quién vendrá á decirme que el principio de Malthus no es toda la contra-revolución?

PROUDHON.

CRÓNICA TRISTE

Naufragio del «Nuevo Mahonés»

(De El Viajante)

Resístese la pluma á narrarlo y más aún cuando, á su horroroso recuerdo, se asocia el de que en él pudimos perecer seres muy queridos en nuestro Centro.

El día 23 de febrero último, zarpó del puerto de Mahón, el vapor «Nuevo Mahonés». Allí como á las 5 de la tarde salimos de Ciudadela con rumbo á Alcudia. Pasada una hora de marcha, durante la que sufrimos los horribles vaivenes que en la débil nave produjo el ir y venir de las olas en creciente marea, empezó á soplar con tal fuerza el viento, que, á poco, convirtióse en furioso huracán, que no pudo capearse ni evadir, aún siendo corta la distancia que nos separaba de Alcudia. Eranos imposible ganar este puerto ya que la máquina no podía forzarse, por ser vieja, viejísima, y por no tener en ella confianza alguna el Capitán ni el maquinista.

¿Desandar lo andado?, ¡qué si quieres! Ni lo permitía el temporal, ni la resistencia del buque consentía virar en redondo.

Desesperada é insostenible situación! Ilizose cargo de ella el Capitán Sr. Cardona, siempre sereno y animoso, y queriendo salir de ella lo mejor posible, ordenó forzar la máquina algo, muy poco, a ver si lográbamos aproximarnos más á la bahía de Alcudia. Obedeció el mandáto el maquinista con tan mala suerte para todos que, apenas cumplido, reventó un tubo de la caldera, con lo que vino á aumentarse la presunción de una próxima é inevitable catástrofe. A consecuencia de esta explosión quedaron inutilizados para el trabajo dos infelices fogoneros.

Más de media hora, semejante á una eternidad, tardó el maquinista, con todo y ser su pericia grande, en recomponer la avería ocasionada por la rotura del tubo.

Al reanudar la marcha, cubiertos por densa niebla que impedía distinguir los objetos á dos pasos de distancia, comenzamos las señales de cajón en estos casos, tiros, cohetes, luces... cuanto pudiera traer en nuestro auxilio á alguien...

Una detonación estruendosa se oyó entonces, señalando el triste comienzo de la pavorosa catástrofe. Dos nuevos tubos de la caldera habían reventado y destrozádose el timón, última esperanza que restaba para el gobierno de la ya perdida nave.

Allí quedó, sin ningún elemento de resistencia, sobre las enormes olas que al paso que, inclementes y furiosas, barrían la cubierta, atraíanla y repetíanla, levantábala y sepultábala con violencia inaudita. Las viejas cuadernas del buque crujían ruidosamente, contribuyendo á aumentar el pánico que reinaba á bordo.

El pasaje, numerosísimo, componíame, en su mayoría, mujeres y niños, que corrían de un lado á otro del buque lanzando gritos dolorosos de horror y desesperación, enterreciendo el corazón del más insensible.

El «Nuevo Mahonés», así llamado por antonomasia, fue á estrellarse por fin contra el cabo Tormento, haciendo mayor el nuestro. La confusión creció con el nuevo parance, y en medio de los ayes, gritos é imprecaciones, oyóse, cual voz apocalíptica, una que dijo: ¡Arriar las lanchas! ¡Salvese el pasaj!

En la primera lancha, con la ayuda de dos tripulantes embarcamos á las señoras y niños. En otras, el resto del pasaje, en la última tripulación.

Era la oscuridad tan completa que, no pudiendo orientarnos, bogábamos al azar, no sin que renunciáramos á las señales de auxilio. Este llegó, por fin, calmando nuestra inmensa ansiedad. Nos halláramos tocando casi la bahía de Alcudia y lo ignorábamos. De ella salió, en nuestro socorro, el arrojado Comandante de marina con ocho verdaderos lobos marinos y hasta nosotros llegaron, no sin evidente riesgo de la vida, que igualmente corrieron el Consignatario D. Jaime Oliver y cuatro marineros á sus órdenes, mereciendo nuestra eterna gratitud y el aplauso de todos.

¡Tierra! pudieron exclamar al fin los naufragos al pisar la de Alcudia, y lo que no pasó durante los dramáticos episodios del naufragio, sucedió al

confundirse en un estrecho abrazo nuestros amigos y consocios D. Rafael Bullvey, de la casa Buxeres Hermanos y Font, D. Cándido Rague, de la casa Rague Hermanos y D. Antonio Martí, de la casa M. Dalmau Oliveres. ¡Lloraron!

¡Ah! Todo fué una horrible pesadilla cuya penosa impresión no ha sacudido aún mi ánimo, pero una catástrofe igual ó parecida ocurrirá cuando menos se piense, si la Compañía Marítima se empeña en hacer navegar vapores como el «Nuevo Mahonés», en el que es imposible tener confianza. Tan viejo es, que ya por serlo lo vendió, llamándose «Duero», la Compañía Tintorer. Sus 40 años bien cumplidos suma de navegación nuestro «Nuevo Mahonés» y, que yo sepa, desde que lo adquirió «La Marítima» lo único que le ha cambiado es... el nombre.

¡Sr. Tallavull, gerente de la Compañía, por el amor de Dios; que no todo han de ser ganancias! La vida de los pasajeros, de los que navega de esa Compañía, merece estar defendida y considerada mejor de lo que hasta aquí lo ha sido.

Y ya que en el terreno de las censuras me hallo, no quiero abandonarlo sin que las dirija también, muy acerbadas, por lo caro y malo que resulta el pasaje, así como por lo molesto que resulta la combinación que rige desde primeros de año, molestia que se acrecienta por la inseguridad que tiene el pasaje para el embarque en Ciudadela.

Y no vá más, por hoy. ¿Habrá emienda?

F. M. A.

EL MILITARISMO

Institución es la militar que solo pesa sobre los desheredados; pues si alguno de los pertenecientes á la aristocracia de la sangre ó del dinero entra á formar parte de ella es para lucir galoneadas bocamangas y cobrar pingües sueldos por su nada útil y beneficiosa ocupación.

El pária, el desposeído por la rapacidad burguesa es, según nuestros interesados directores, el que obligado viene á servir á la patria y derramar su sangre en defensa de su integridad.

¡Pobre obrero! En qué concepto te tienen tus explotadores!

Te dicen que es deber de ciudadano honrado el defender la nación, y ellos se apresuran á redimirse con el dinero arrancado á tu esfuerzo productivo.

Te dicen que has de defender la patria cuando se halla amenazada, y ellos rehuyen el cumplimiento de lo que tanto te recomiendan y aconsejan.

Reconoce, pueblo obrero, el error funesto á que te llevan tus opresores. Tu misión en la tierra no es exterminadora, es creadora; y por lo tanto, quien te dice que empuñes el fusil y que mates es tu enemigo, al mismo tiempo que lo es de la humana especie.

¿Qué defiendes en la guerra, desposeído del patrimonio universal? ¿Qué defiendes cuando disparas tu fusil contra los obreros que huelgan por mejorar su triste condición de asalariados?—No defiendes otra cosa que la tiranía y la injusticia.

Miserable pária, conceptuado por la burguesía como un objeto, sér inconsciente, que con tu debilidad te conviertes en cadena aprisionadora de tus semejantes, dáte cuenta de que eres hombre y no dócil instrumento; despierta á la razón y compenétate de que no es tu misión la de esterminar á tus semejantes, sino la de crear, dar vida y fraternizar con tus compañeros, con los que son como tú explotados; dáte cuenta de que el militarismo es la base donde descansan los privilegios y las tiranías todas, el sostenedor de la desigualdad económica, pues con su fuerza, que no es otra que los mismos trabajadores uniformados, ahoga las nobles aspiraciones de libertad del pueblo productor.

Pueblo obrero, no vistas el uniforme; que lo vistan los hijos de los burgueses, que son los únicos in-

teresados en la defensa de sus privilegios y detenciones. Tú, á ser útil á tus semejantes y garantizar tu derecho á la vida.

S. del Valle

INJUSTICIAS

«Ayer mañana le fueron presentadas al Gobernador dos pobres criaturas llamadas Antonio y Julia Diana Gil, huérfanos de padre y cuya madre se ha suicidado á consecuencia de no poderles dar alimento...»

(De un periódico.)

La noticia así, exenta de todo sentimiento humanitario.

Para qué ocupar más de cuatro líneas, tratándose de la muerte de un ser desgraciado que no deja al morir individuos enguantados, que con una buena suma hagan hablar á la prensa de las dotes que adornaban á la finada?...

Las columnas del periódico no pueden estar siempre á disposición de un desheredado porque bonitamente se le antoje suicidarse prestando el hambre. Tienes hambre?, pues roba; es lo más que suelen decir en sus conversaciones particulares esos periodistas rutinarios que se creen estar en contacto con el pueblo, cuando son los que más apartados se hallan del verdadero pueblo productor.

¡Ah! Si se tratase de un tirano á quien el puñal de algún hijo del pueblo le hubiese cortado el hilo de la existencia, entonces sí, esa prensa mercenaria y burguesa llenaría columnas y más columnas, execrando al vengador de la humanidad, aunque el muerto fuese un bandido cuyo reinado apareciese envuelto en jirones sangrientos de la honrada masa productora.

Esa prensa que se indigna, llena de ultrajes al autor y pide medidas de represión para los que en aras de un porvenir vislumbrado sacrifican hasta su vida, se limita á dar en pocas líneas la noticia de una madre que se ha suicidado por no sentir los desgarradores gritos del hambre de sus pequeñuelos, que han quedado sin más amparo que el que les presta esta sociedad corrompida, como un desprecio á la masa desheredada...

Todo, todo lo que nos rodea habrá necesidad de derribarlo para implantar la sociedad igualitaria.

¡Pobre madre!... Las causas que le impulsaron á tomar tan extrema resolución, bien claro está, fueron el hambre y miseria que le rodeaba.

Aquella desgraciada madre vió salir hábitos bostezando de puro hartos, de un banquete donde opiparamente habían gozado placeres sin fin, á los zánganos burgueses; mientras sus hijos, aquellos pedazos de sus entrañas, yacían allí, á la puerta misma de donde se celebraba el festín acurrucaditos, con los miembros entumecidos por el frío, las manos amoratadas, descalzos y castañeándoles los dientes por fiebre devoradora que se ceba en la miseria... Y no teniendo con que acallar los atroces gritos del hambre de sus pequeñuelos, no encontrándose con valor suficiente para continuar por más tiempo aquella vida de padecimientos morales y materiales, agotadas las energías ya con la incansante lucha por la vida, sintiendo desgarrarse su corazón de madre ante la idea de abandonar á sus hijos, antes que robar lo que le pertenecía, prefirió morir cual mártir.

Una víctima más que debemos tener en cuenta para la hora vecina de la reivindicación social.

¡Ah obrero, infeliz pária, cuando vas á despertar de ese maldito sueño y blandiendo la piqueta demoledora, representación del trabajo, acabarás con la actual sociedad?...

Dos niños que han quedado sin el sublime amor maternal, ¿qué importa? Pertenecían á la plebe.

Si esos pequeñuelos arapientos hubiesen visto la luz en casa de una madama de la aristocracia, con seguridad que no se encontrarían en la deplorable situación en que se hallan.

...Injusticias; por doquier vuelva uno los ojos, injusticia tras injusticia.

¿Hasta cuando?

Alejandro Bellver Sanchis

Valencia y Marzo 1902.

ORDEN Y DESORDEN

(De Free Society.)

Quien dice anarquía, dice negación de gobierno.—Quien dice negación de gobierno dice afirmación del pueblo.—Quien dice afirmación del pueblo, dice libertad individual, dice soberanía de sí mismo.—Quien dice soberanía de sí mismo, dice igualdad.—Quien dice igualdad, dice solidaridad y fraternidad.—Quien dice solidaridad y fraternidad, dice orden social.

Luego, el que dice anarquía, dice orden social.

Por el contrario:

El que dice gobierno, dice negación del pueblo.—El que dice negación del pueblo, dice afirmación de la autoridad política.—El que dice autoridad política, dice sumisión individual.—El que dice sumisión individual, dice supremacía de clases.—El que dice supremacía de clase, dice desigualdad.—El que dice desigualdad, dice antagonismo.—El que dice antagonismo, dice guerra civil y desorden.

Luego quien dice gobierno, dice guerra civil y desorden.

Bellegarique, 1850

El gusto por la guerra reprime las tendencias á la simpatía; y lo peor es que el estimular las cualidades agresivas desenvuelve el sentimiento perverso de hacer mal por gusto. El ciudadano cuyo corazón se ha encallecido matando ó hirviendo á los enemigos, lleva la misma dureza á la vida de la familia.

H. SPENCER

¿Por qué y para qué?

El día 5 del pasado Febrero, después de varias semanas de andar enfermizo, tuve que postrarme en cama. En la noche del 18 al 19 del mismo, vino á buscarme la policía, y al enterarse y ver el estado en que me encontraba, dejáronme en paz; pero á la noche siguiente vinieron otra división de policía y una pareja de la inviolable G. C., y á las razones que mi mujer les expuso contestó el jefe (según creo) de dicha fuerza, cuyo nombre ignoro, del siguiente modo: *Tiene que levantarse y seguir así cayeran bombas; es orden del Capitán General.*

Mi esposa y la niña, con una energía digna de la gravedad del caso, resolvieron no abandonarme hasta la cárcel ó á donde me llevaran.

Custodiado por dicha fuerza y apoyado en los brazos de las afligidas mujer é hija que me servían de muletas, salimos de casa entre las doce y la una de la noche; y pisando charcos y recibiendo la lluvia que caía, puedas ó no, tuve que andar más de un kilómetro hasta llegar al cuartelillo de la calle de Sepúlveda.

En la tarde que precedió á tan accidentada noche había tomado un purgante, que no había hecho aún efecto; pero al tener que levantarme y andar mi cuerpo se removió y hube de entrar en un establecimiento que hallamos abierto al paso; á esa expansión creo que se debe el que no se cebara en mi aguda pulmonía, aunque dudo haya medicina capaz de librarme del catarro pulmonar que, debido á tan meritoria acción de justicia española, se ha hecho propietario de mi ya deteriorado organismo.

Antes de llegar al cuartelillo perdí el compás de la respiración y el uso de la palabra muchas veces. En cuanto llegamos vióme el médico y ordenó que me pusieran en la camilla y así me condujeron á la cárcel, en cuya enfermería estuve quince días.

En dicha enfermería no se perdona ninguna de las seis raciones de rezos con que diariamente se fastidia á los enfermos; pero que en el buen sentido religioso son dichos rezos un doble sacrilegio pude

bien persuadirme de ello. A muchos vi pasar por la enfermería, y á casi todos simular creencias en las horas del rezo, sin que, á pesar de mis esfuerzos para conseguirlo, pudiese vislumbrar ni un solo creyente. Casi todos aparentaban rezar con la monja, pero al volver ella la espalda, de gestos llamados deshonestos y de blasfemias ¡la mar!—Tanto el rezo impuesto como aquellos desahogos inconsecuentes me producían tal repugnancia que deseaba de veras abandonar aquel local.

Los primeros días, al entonar el rezo y por ver si conseguía hacerme formar en el coro de comparsas, la monja se ponía al pié de mi cama y me dirigía frecuentes miradas, como diciendo: *reze V. también*. Yo le contestaba sosteniendo firme la mirada, ó bien con sonrisa dulce, para contestarle por lo tácito: *no soy hipócrita señora*. Comprendió al fin, y me dejó en paz.

Vinieron luego los socios de S. Vicente de Paul á imponernos el deber de aceptar su acostumbrada limosna semanal. Allí no se permite entrar á la familia del enfermo, pero los Paules tienen carta blanca. Su limosna es: una «hoja dominical», un ejemplar de «El amigo del pueblo», escritos por curas, sobre y papel para una carta, un cigarro y 10 céntimos; yo les dije que no lo necesitaba, pero ellos, contrariados de un modo muy visible, lo dejaron encima de la mesita. ¿Porqué sin necesitarla ni quererla he de estar obligado á recibir una limosna?

Me extrañó mucho también el que una monja sea el farmacéutico de aquel establecimiento.

Entre los enfermos había uno llamado Miró con tres heridas de sable en la mano, brazo y cabeza, y decía que le habían herido dentro de un piso. Otro llamado Anacleto llevaba la ropa atravesada por bala de mausser y decía que estando en su casa sentado en una silla entró el proyectil, rompió el barrote de la silla, le rasgó ligeramente la espalda é hirió á una joven que se encontraba en la misma habitación, y que á él le detuvieron yendo á curarla.

**

Ante el juez:

El juez, amable:—Está V. procesado; ¿sabe por qué?

El acusado—Lo ignoro.

—Se le ha procesado por formar parte de una comisión de la Federación metalúrgica que tenía por objeto inducir á la huelga general y alentar á los ya declarados en ella.

—Desde el año 1891 que no he pertenecido á ninguna corporación; y en cuanto á alentar á los declarados en huelga, debo decir que desde el día 5 de Febrero estaba en cama (y la huelga fué del 17 al 25).

—Podría decirme su opinión acerca de la huelga general?

—Lo que ha pasado no ha sido otra cosa que la explosión de los sentimientos comprimidos.

—No, no es eso, ... el objeto de la huelga?

—Dada la triste situación de la clase obrera, se impone una «huelga universal» que transforme la condición del trabajo para compensar el progreso de la maquinaria.

**

Enigmas:

¿Porqué se prende á un enfermo que, ni aún queriendo, hubiera podido tomar parte en los hechos?

¿Porqué se acusa á uno sin fundamento?

Y si tan peligroso se le considera en circunstancias anormales, ¿porqué se le suelta sin haberse restablecido la normalidad?

¿Qué hubiera pasado?—Si la mujer é hija no me hubiesen acompañado, al caer en la calle, como hubiera caído, ¿me habrían llevado á cuestras, ó so pretexto de rebelión habrían acabado con mi existencia?

¿Qué hubiera importado al mundo un muerto

más? Y á mí ¿qué podía importarme el resto de sus frimientos que me queda?

Sin embargo, importa mucho á la justicia social; y si se hubiese consumado tal monstruosidad por los encargados de garantizar la seguridad personal ¿qué se hubiera dicho luego?

Y todo ello ¿por y para qué?

Sebastián Suñé

Barcelona, Abril 1902.



¿Capataz ó negrero?

En una de las secciones de los talleres de «La Maquinista Naval» hay un encargado que se distingue mucho por su proceder antihumano.

Parece que dicho encargado no se acuerda de cuando era oficial como los otros y cometía todos los abusos que ahora tanto le irritan en los demás trabajadores. Parece también que tiene un concepto mal formado del género humano. ¿Acaso se figura que cuando un trabajador entra en un taller ha perdido todos los caracteres de persona? De otro modo no comprendemos su proceder.

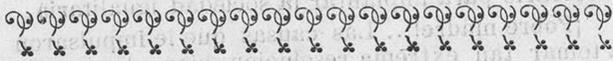
No necesitamos, por hoy, nombrar al aludido capataz, puesto que todos los operarios de la Maquinista sabrán por quién hablamos; pero conveniría que se pusiera coto á tales desmanes, ya que los trabajadores merecen ser tratados como hombres.



Nuestro colega *El Liberal* se ha indignado contra un majadero con pretensiones de malicioso que escribió á *La Correspondencia Militar* tratando de los lamentables sucesos del día de Pascua.

Comprendemos la indignación; pero mejor sería aprovecharlo, pues el autor de la carta, creyendo quizá prestar un servicio á las autoridades, ha dado al público ciertos antecedentes y ha declarado tontamente que el atropello del Sr. Rodriguez *no fué por causas ajenas á la política*.

Que es lo que hacía falta demostrar.



AVISO

La Biblioteca Orientación Sociológica espera de cuantos deben y puedan se le envíen recursos lo antes posible; pues le son de absoluta necesidad para salir adelante en sus propósitos.—Los que por enfermedad ó crisis de trabajo no puedan liquidar se les suplica lo indiquen, á fin de hacerlo constar en el estado de cuentas que se publicará.—Avisen antes del 25 los que quieran recibir cuadernos de la interesante obra «El Botón de Fuego».

Dirección: Sebastián Suñé.

Lista de Correos, Barcelona.

Federación de Obreros de la isla de Menorca

El sábado 19 de Abril se celebrará la primera velada sociológica-literaria y científica de la série que se ha de celebrar.

Es de esperar que la concurrencia será muy numerosa.

CORRESPONDENCIA

BARCELONA.—J. M. Enviamos á mano *Revistas y Tierras* que había pedido.

LINEA DE LA CONCEPCIÓN.—V. Z Recibi-

mos 2 pesetas y enviamos paquete 10 ejemplares. Hemos escrito.

MARSEILLE.—V. L No envíes *bon de poste*. Gira por *Revista Blanca* ó envía el dinero á los presos Barcelona.

CETTE.—A. P. Gracias. Aumentamos paquete. Enviamos folletos pedidos.

Libros y folletos que se hallan en venta en la Administración de EL PORVENIR DEL OBRERO, calle del Castillo, n.º 59.

ORIENTACIÓN SOCIOLOGICA, por Sebastián Suñé, 1 peseta.

LAS HUELGAS Y LA AUTORIDAD, por Leopoldo Bonafulla, 10 céntimos.

ENTRE CAMPEBINOS, por E. Malatesta, 35 cts.

LA HUELGA GENERAL, por José Lopez Montenegro, 25 cts.

EL HOMBRE Y LA SOCIEDAD, por Anselmo Lorenzo, 25 cts.

LA CONQUISTA DEL PAN, por P. Kropotkin, 1 peseta.

TRABAJO, por Emilio Zola, (2 tomos), 4 pesetas.

MEMORIAS DE UN REVOLUCIONARIO, por P. Kropotkin, (3 tomos), 6 ptas.

EL PROLETARIADO MILITANTE, por Anselmo Lorenzo, 3 ptas.

CONFERENCIAS DE CHIBELNOIR, 50 cts.

**

También pueden adquirirse los siguientes periódicos: *Revista Blanca*, de Madrid, quincenal, 25 céntimos. *Tierra y Libertad*, de Madrid, semanal, 5 céntimos. *El Obrero Moderno*, de Murcia, semanal, 5 céntimos. *La Humanidad Libre*, de Valencia, quincenal, 5 céntimos. *Fraternidad*, de Gijón, semanal, 5 céntimos. *La Protesta*, de La Línea, semanal, 5 céntimos. *La Fraternalidad Obrera*, de Cartagena, semanal, 5 céntimos. *El Obrero*, de Badajoz, semanal, 5 céntimos.

Solidaridad Internacional para los obreros presos y perseguidos

	Ptas.	Cts.
Suma anterior.....	83	15
Monarca Bandido Fraile.....	0	25
Un burgués de 3 pesetas.....	0	15
Bartolomé Escudero.....	0	15
Pillu.....	0	10
Antonio Vidal.....	0	15
Un cuarto.....	0	15
Un ladron.....	0	20
A la memoria de Angiolillo.....	0	25
Antonio Bagur Aloy.....	0	50
M. A.....	0	25
Miguel Adrover (11.ª semana)....	0	30
Pedro Gomila.....	0	15
Catalina Llabrés.....	0	15
Recibido de La Línea (Cádiz) para EL PORVENIR DEL OBRERO....	2	00
(Continuará.) Suma.....	87	90

SOLIDARIDAD

Tenemos ejemplares del folleto *Las huelgas y la autoridad*, de Leopoldo Bonafulla, que se venden á 10 céntimos y cedemos á 6 céntimos á los vendedores y corresponsales, ingresando su producto íntegro en la suscripción para los presos y perseguidos.

Al mismo tiempo, todo el dinero que recibamos para el periódico durante los meses de Abril y Mayo de nuestros suscritores y corresponsales de fuera de la isla, se destinará al mismo objeto de solidaridad. La administración de *Revista Blanca* de Madrid recibirá aviso de su corresponsal en esta ciudad para que ingrese en la suscripción general de presos todo el dinero que reciba para nosotros durante los dos citados meses.

B. Fábregues, imp. de la Real Casa, Nueva 25.—Mahon.